

## II JORNADAS ASOCIACIÓN ARAGONESA DE SOCIOLOGÍA: MESA DE LENGUAS E IDENTIDADES.

### ***Las actitudes lingüísticas hacia una lengua minoritaria como clave de su vitalidad etnolingüística. El Patués.***

Esperanza Coutado Domènech, Doctora por la Universidad de Zaragoza en el Dep. de Psicología y Sociología.

### **Resumen**

La progresiva desaparición de las lenguas minoritarias en todo el mundo, en aras de una cada vez mayor globalización, es un tema preocupante y de candente actualidad, no sólo por lo que supone de pérdida lingüística sino de elemento fundamental del patrimonio cultural para sus hablantes, principalmente, pero también para la comunidad y país al que pertenecen. Aragón no es ajeno a este problema pues en su territorio se conservan, con mayor o menor vitalidad, además de las variedades lingüísticas del catalán, un conjunto de lenguas minoritarias procedentes en su mayoría del aragonés, y que perviven a duras penas en pequeños valles del Pirineo. Y entre estas destaca especialmente el *patués*, lengua hablada desde siempre en el Valle de Benasque, situado en la zona más oriental de los Pirineos aragoneses y que actualmente es la mejor conservada y con mayor número de hablantes de todas.

Conocer y comprender las causas que han llevado al *patués* a desaparecer paulatinamente de las esferas públicas de la sociedad y quedar relegada a los círculos más íntimos y familiares es un punto de partida imprescindible para frenar su posible desaparición y uno de los medios más adecuados para ello es analizar las actitudes de sus hablantes, el porqué de las mismas y el cómo se han generado, como determinantes de su vitalidad etnolingüística. Solo conociendo la situación real de una lengua minoritaria, en este caso del *patués*, las circunstancias sociopolíticas, históricas y económicas que la han llevado a esa situación, y lo que es más importante si existe o no un substrato de hablantes dispuesto a defenderla, se podrán emprender acciones desde los diferentes estamentos, si no para revitalizarla sí al menos para conservarla.

**Palabras clave:** *Patués*, lenguas minoritarias, lenguas de Aragón, actitudes lingüísticas, vitalidad etnolingüística, sociología.

### **INTRODUCCIÓN**

Todas y cada una de las lenguas que se hablan en el mundo encierran en sí mismas la historia, la cultura, el entorno, la identidad y la vida social de los pueblos o comunidades que las hablan, al tiempo que poseen unos valores individuales ligados al pensamiento y a la expresividad de los hablantes como individuos. Todo esto con independencia de que se trate de una lengua dominante o una lengua minoritaria, porque estas últimas en un momento de su trayectoria fueron lenguas plenamente

vitales y suponían el único o al menos el principal vehículo de comunicación de sus hablantes.

Todos conocemos el mecanismo que, a lo largo de los siglos, ha llevado a muchísimas lenguas a un estatus de minoritarias, por intereses de poder, de política e incluso sociales y que en muchos casos ha desembocado en su desaparición definitiva. Evidentemente, las lenguas desaparecidas ya nunca se podrán recuperar pero hoy en día existen muchas lenguas de las denominadas minoritarias, y que las políticas lingüísticas y la misma sociedad están convirtiendo en minorizadas, que forman parte de nuestro acervo cultural y que deben rescatarse por ser lo que son, la memoria de parte de nuestro pasado. Y Aragón es uno de los ejemplos más claros, con una variedad lingüística que muchos han querido negar pero que está ahí, en cada pueblo que uno visita donde los mayores dejan entrever, en sus conversaciones, retazos de esas lenguas y variedades lingüísticas que un día tuvieron plena vitalidad y que hoy se ahogan en controversias lingüísticas, en tendencias políticas, en influencias alófonas y en definitiva en un monolingüismo imperante. Y uno de los más claros ejemplos es el caso del *Patués*, lengua que aún conserva una vitalidad lingüística sorprendente dentro del penoso panorama lingüístico aragonés y que ha dado lugar a múltiples polémicas, desde el nombre que darle como lengua hasta su adscripción lingüística.

El *Patués*, como lengua que surgió fruto del aislamiento del valle de Benasque, de una evolución espontánea del latín vulgar al mezclarse con las hablas prerromanas de la zona y que se desarrolló tomando elementos del aragonés, catalán y gascón (occitano), el *Patués*, decimos, es un tesoro cultural que mantiene, a pesar de las vicisitudes sufridas, una vitalidad lingüística tal que sería imperdonable dejar que terminara en un simple recuerdo y es nuestra obligación, como aragoneses, conservar y revitalizar este elemento de nuestra identidad para generaciones futuras.

Pero ¿cómo emprender esa difícil tarea? No es fácil el empeño en una sociedad monolingüe como la nuestra pero lo primero es analizar la situación real de dicha lengua, su número de hablantes, su uso cotidiano y los ámbitos de empleo, si es eminentemente oral o existe como habla escrita... en definitiva su vitalidad etnolingüística y a partir de ahí analizar las opciones que existen para poder hacer más visible dicha lengua, de manera que se conozca, se valore y se tomen las medidas necesarias para que no se pierda. Y es ahí donde entran en juego las actitudes lingüísticas de sus hablantes actuales, como una de los elementos que determinan dicha vitalidad y como posible instrumento para la revitalización. Un análisis de dichas actitudes, de su formación, de su orientación positiva o negativa nos permitirá saber si existe un caldo de cultivo apropiado para, a partir de ellas, poner en valor de nuevo dicha lengua revitalizándola o al menos conservándola. Porque sin hablantes, sin aquellos que tienen en esa lengua su lengua materna, que la han oído, aprendido, sentido, interiorizado, que está entre sus recuerdos... sin ellos no podemos pretender que resurja. Por mucho que rescatemos una lengua minoritaria, que la normativicemos y que la aprendamos, sin esa base humana de hablantes que la sienten o la han sentido en algún momento como algo suyo y de sus ancestros, como algo inherente a su identidad, no tendremos entre las manos más que una lengua como tantas otras, muertas y resucitadas únicamente para el estudio lingüístico antropológico, histórico...pero no para la expresión de sentimientos, de vivencias, en definitiva de vida...

Este es el objeto de esta comunicación, exponer de forma sucinta la vitalidad etnolingüística del *patués* en relación con las actitudes de sus hablantes como paso previo para unas posibles medidas de rescate de esta lengua minoritaria y minorizada.

## RELACIÓN ENTRE LA VITALIDAD ETNOLINGÜÍSTICA Y LAS ACTITUDES

Existe una estrecha relación entre las actitudes lingüísticas hacia una lengua y la vitalidad etnolingüística de esta, de tal forma que si el grado de vitalidad etnolingüística influye, positiva o negativamente, en las actitudes de los hablantes es igualmente cierto que las actitudes de estos hacia su lengua son determinantes, en muchos aspectos, en el grado de vitalidad lingüística de aquella.

La vitalidad etnolingüística se puede analizar desde un doble enfoque: la *vitalidad objetiva* y la *vitalidad percibida*. La *vitalidad objetiva* la componen todos aquellos datos concretos y objetivos (nº de hablantes, contexto o entorno, presencia de la lengua) que nos facilitan el conocimiento de la situación real de una lengua, en función de unos parámetros dentro de los cuales una lengua se puede considerar en peligro o no. Sin embargo, muchas veces esos datos objetivos contrastan, y en algunos casos no coinciden, con la *vitalidad percibida* por sus hablantes, lo que determina una serie de actitudes de estos hacia su lengua. Esta vitalidad lingüística percibida, directamente influida sin duda por los datos objetivos pero también por elementos y situaciones personales tanto a nivel individual como grupal, determinará que se desarrollen una serie de actitudes, ya sea positivas o negativas, que influirán en el deterioro progresivo o en el resurgimiento y supervivencia de la lengua, de una manera en algunos casos independiente de los datos objetivos.

Cuando nos referimos a actitudes lingüísticas, factores como la familia, la edad, el género, el estatus social, el contexto lingüístico, educativo, grupal y cultural son decisivos para su formación. Lo que caracteriza las actitudes respecto a las lenguas minoritarias es que una mayor o menor influencia de alguno de esos factores puede desencadenar un cambio de estas, convirtiendo unas actitudes positivas hacia la lengua materna en negativas, lo que irá en perjuicio de la supervivencia de dicha lengua. Este tipo de actitudes, las negativas, suelen llevar consigo, además de un cese en el empleo de la lengua, una interrupción en la transmisión generacional de esta, lo que desemboca en una disminución progresiva del número de hablantes que, si bien no siempre es indicativo de peligro, si va acompañado de una percepción de desprestigio puede ser el inicio de su desaparición.

En la modificación de actitudes hacia las lenguas minoritarias la influencia de los padres y el entorno familiar es definitiva, de manera que el uso de esta en el entorno familiar favorecerá el mantenimiento de su vitalidad. Su importancia es tal que intentar mantener una lengua minoritaria únicamente con el aprendizaje escolar, cuando la transmisión familiar no se ha llevado a cabo, es realmente complicado y en muchos casos infructuoso. Y aún con trasmisión familiar, la modificación de una actitud hacia una lengua minoritaria, de positiva a negativa, para alguien que la ha tenido como lengua materna tampoco es difícil si en el entorno social, amigos, escuela, medios de comunicación, medios económicos, etc., los mensajes de desprestigio de la lengua, ya sea de forma explícita o por mera omisión e ignorancia de su existencia, transmiten a los hablantes que la lengua del trabajo, del entorno social prestigioso y de su propio futuro, es otra diferente a la materna.

El hecho de que una lengua desaparezca se debe, fundamentalmente, a que los propios hablantes dejan de hablarla, ya sea consciente o inconscientemente, y esto se constata al analizar algunos de los indicadores de vitalidad etnolingüística como son: el número de campos en los que se utiliza la lengua, la frecuencia y modo de la alternancia de códigos, la existencia de hablantes que lo hablen con fluidez y su prestigio en relación con las lenguas que la rodean. Cuanto más peso tengan estos factores, mayor será la tendencia de la gente a presentar actitudes positivas hacia la lengua. Sin embargo, si estos indicadores tienen tendencia negativa se producirá un cambio progresivo en las actitudes de los hablantes (o al menos de un número

importante) que llevará a la lengua minoritaria a una situación de peligro de desaparición. Y aunque podamos encontrar personas preocupadas por su mantenimiento, que muestren actitudes muy positivas hacia ella, podrá aumentar el número de aquellas con una actitud negativa que sientan indiferencia hacia su desaparición. Y para intentar modificar las actitudes negativas de esos hablantes, dado que las ventajas prácticas de su uso no tienen una base real en la actualidad, se puede enfocar como un intento de preservar y revitalizar un patrimonio cultural que incluye todo aquello que somos y que fuimos como comunidad y como individuos. Si a esto unimos una ayuda institucional bien planificada se facilitará la creación y el mantenimiento reforzado de las actitudes positivas como base para su revitalización.

## **EL PATUÉS: VITALIDAD ETNOLINGÜÍSTICA Y ACTITUDES.**

Si nos remontamos en la historia del valle de Benasque a antes de la década de los 60, nos encontraremos con un valle cerrado por altas montañas cuyo paso al resto del territorio español era dificultoso y con un paso a Francia, también difícil pero más asequible, que era empleado asiduamente por los habitantes del valle para realizar transacciones comerciales o de otra índole en el país vecino.

Era, y es, un valle fronterizo y alejado, pues no olvidemos que se encuentra en la parte más oriental del Pirineo aragonés y durante toda su historia fue un lugar olvidado por el poder dada su situación geográfica. Y era un valle presidido por una única lengua, el *patués*, lengua eminentemente oral que regía toda la vida de sus habitantes. El *patués* nunca se escribió. Para los escritos, oficiales o de cualquier tipo, se empleaba primero el aragonés y después el castellano. La lengua de la enseñanza también iba paralela a la lengua oficial de cada momento. Respecto a la iglesia, tampoco allí tenía cabida el *patués* y se pasó del latín al castellano sin opción a rezar en *patués*.

El *patués* estaba íntimamente relacionado con la vida cotidiana de los habitantes del valle. La economía era eminentemente ganadera, y con algo de agricultura de subsistencia, y completaban sus ingresos con el paso de los hombres a Francia para trabajar en los campos del país vecino, donde los hombres del valle se entendían perfectamente con los del otro lado de los Pirineos en *patués*, pues los franceses les hablaban en patois, lengua con un origen común.

En todas las familias del valle la lengua única era el *patués*. Existía, por entonces, una cierta endogamia a nivel de valles a la hora de realizarse los matrimonios. Como buenos montañeses preferían a una mujer de las montañas que a una del llano, pero la persona que se incorporaba a la familia, generalmente las mujeres, adoptaban rápidamente la lengua hablada en la casa, el *patués*, por un doble motivo: integrador, para integrarse en la familia que la acogía, e instrumental, como medio para entenderse.

Y otro elemento fundamental de la sociedad benasquesa de entonces era el sentimiento de identidad de sus habitantes, relacionado directamente con su lengua. Los habitantes del valle de Benasque se sentían, antes que nada, montañeses. Ellos pertenecían a las montañas al igual que los habitantes de los valles colindantes, el valle de Arán, los valles occidentales del Pirineo Aragonés y sobre todo el valle del otro lado de la frontera, el valle de Luchón. Era un sentimiento que compartían todos y que estaba presidido por una geografía, unos medios económicos, una forma de entender la vida y, sobre todo, por una lengua casi común en la que no tenían problemas para entenderse.

Así mismo, el hecho de que las salidas al exterior de los habitantes del valle fueran escasas, salvo los frecuentes pasos a Francia, hizo que el *patués* fuese la única

lengua habitual de los benasqueses, era la lengua con la que nacían, vivían y morían. La vitalidad lingüística de la lengua del valle era máxima y las actitudes de las gentes hacia ella eran plenamente positivas.

Sin embargo, a principios del siglo XX hubo, en la sociedad benasquesa, algunos cambios que comenzaron a resquebrajar el conglomerado *patués*. Y esos cambios llegaron, en principio, de la mano de algunos maestros que trajeron al valle de Benasque unas ideas pedagógicas, muy en boga en aquella época, por las que se aconsejaba a los padres no hablar a sus hijos en la lengua minoritaria pues eso podía dificultar el aprendizaje de la lengua oficial, en este caso el castellano. Junto a lo anterior la llegada del médico, el sacerdote, la guardia civil junto a los maestros, todos nacidos fuera del valle, con un nivel cultural elevado y con el castellano como lengua, comenzó a inculcar en algunas familias la identificación de castellano-cultura como medio para progresar en la vida. También las burlas recibidas por algunos, al hablar en *patués* en sus salidas al resto del territorio aragonés, reforzaron su idea de cierto rechazo hacia su lengua. Y las cada vez más frecuentes salidas del valle para trabajar propiciaron que, al regresar, aquellos que salían empleasen el castellano en sus conversaciones habituales como signo inequívoco ante sus familiares y amigos de su ascenso en la escala social.

Todo este conjunto de factores hizo que en algunas familias se planteasen dejar de hablar *patués* a sus hijos, comenzando una ruptura generacional que avanzaría progresivamente con el paso de los años. Bien es verdad que aunque los padres optasen por dejar de hablar a sus hijos en *patués*, mantenían su lengua en sus conversaciones, tanto entre ellos como con otros familiares, por lo que los niños realizaban un aprendizaje pasivo que les permitía adquirir una completa competencia en la lengua de sus padres, aunque con ellos no la hablasen. Así pues, aunque la sociedad del valle seguía siendo eminentemente *patuesa*, sin ser conscientes de ello se había dado el primer paso para el declive del *patués*.

Y fue entonces, a mediados de los años 60, cuando se dieron en el valle dos hechos relevantes que cambiaron la sociedad benasquesa y, por extensión, la vitalidad del *patués*. La construcción del pantano de Linsoles, en Eriste y la estación de esquí de Cerler, en 1966, trajeron al valle mucha gente de fuera para su construcción y mantenimiento, así como la llegada de turistas en busca de actividades de ocio y deportivas. Todo ello supuso unos cambios profundos en la economía del valle. La llegada del turismo hizo que los mismos habitantes del valle cambiasen su forma de vida, sustituyendo pequeñas tiendas por comercios del ramo (deportes, hostelería, etc.) así como transformando antiguas cuadras en casas de turismo rural y alojamientos varios, que les permitía llevar una vida menos dura que cuidando del ganado. Llegaron familias de fuera para instalarse en el valle y retornaron muchos de los benasqueses que se habían ido buscando un futuro mejor y que ahora podían encontrarlo entre sus propias montañas.

Así pues, el castellano empezó a extenderse por las calles, necesario para hablar con los nuevos vecinos o con los turistas que dejaban el dinero en el valle. Si a esto unimos una ampliación de los años de escolarización, o sea un mayor contacto con el castellano, y el aumento progresivo de las salidas del valle para continuar estudios o para trabajar, junto al auge de los medios de comunicación, se explica fácilmente la situación de diglosia, respecto al castellano, en la que se vio inmerso el *patués*.

Y, así, el *patués* se escondió. Se recluyó en las casas y en las familias, saliendo sólo cuando se tenía la seguridad de que el interlocutor era también hablante de *patués*. Porque si de algo hacen gala los habitantes del valle es de que para ellos hablar en su lengua delante de gente que no la entiende es un signo evidente de falta de educación, así que cuando existe la más mínima duda optan por cambiar el código y

continúan su conversación en castellano. Esto contribuyó a que el léxico del *patués* no se adaptase a los nuevos tiempos. El *patués* estaba ligado a una forma de vida que desaparecía y no se actualizó su léxico, quedando relegado a las charlas familiares y entremezclándose con palabras castellanas para poder seguir una conversación.

La vitalidad etnolingüística del *patués* comenzó una progresión descendente y todos esos factores sociales comenzaron a resquebrajar la cohesión del *patués* en el valle, de manera que, desde la perspectiva de los principales indicadores de vitalidad etnolingüística mencionados anteriormente y en relación con la variable de la edad, surgieron distintos tipos de hablantes que podemos clasificar de la siguiente manera en función de su competencia y el empleo que hacen de su lengua, clasificación directamente relacionada al tiempo con sus actitudes hacia el *patués*, y que continua vigente a día de hoy:

1.- Los Hablantes Tradicionales, aquellos que han tenido como lengua materna el *patués* y que, al menos en la primera parte de su vida sino en toda, lo han hablado habitualmente en su entorno. Evidentemente hay grandes diferencias en función de la edad de los hablantes, dada la evolución de la sociedad, por lo que son más numerosos los de mayor edad (más de 60) y los de mediana edad (de 35 a 60).

2.- Los Hablantes Tardíos, aquellos que, sin tener como lengua materna el *patués*, decidieron, como elección personal en algún momento de la adolescencia o la edad adulta, hablarlo habitualmente. Aquí encontramos desde aquellos que nacieron fuera del valle pero el matrimonio les llevó a vivir en este, adoptando la lengua de la pareja como propia, hasta los que, habiendo nacido en el valle, no tuvieron o no se les dio la oportunidad de tenerla como lengua materna pero que deciden que esa debe ser y es su lengua. Así mismo, hay otros que, sin ser del valle ni tener relaciones afectivas en él, optan por aprenderlo como signo de integración e interés hacia el lugar donde desarrollan su vida. Respecto a las edades, es en la gente de mediana edad y algún caso (muy pocos) entre los jóvenes donde aparecen más hablantes tardíos y con diferentes motivaciones para serlo. Sin embargo, en general, el número de este tipo de hablantes es muy reducido dado que los motivos que podrían llevar a alguien a aprender y hablar *patués* en la juventud, o en la edad adulta, no son, en todos los casos, lo suficientemente fuertes como para que sea una norma habitual.

3.- Los Hablantes Mudos, aquellos que sabiendo hablar *patués* no lo hacen por diferentes razones. Por un lado encontramos a personas a las que no les hablaron de pequeños en *patués*, por diversas causas, aunque sus padres y abuelos lo hablasen entre ellos. Estas personas, inevitablemente, tuvieron un pleno contacto con la lengua llegando a entenderla perfectamente e incluso a saber hablarla. Pero para algunos los prejuicios inculcados con esa actitud supusieron una barrera a la hora de expresarse en *patués*. Dentro de estos casos hay algunos, jóvenes principalmente, que si alguien les habla en *patués* suelen contestar en la misma lengua aunque habitualmente no la empleen. También hay casos, sobre todo entre los más jóvenes, que aún teniendo la lengua autóctona como materna al llegar a la adolescencia se niegan a continuar hablándola por un cierto sentimiento de vergüenza.

4.- Los Semihablantes, aquellos habitantes del valle, tanto nacidos en él como no, que estando en contacto habitual con la lengua autóctona, por familia u otras relaciones, han llegado a entenderla perfectamente pero no la hablan, o al menos se creen incapaces de hablarla. Este tipo abarca principalmente las franjas de edad mediana y de jóvenes, pero sobre todo podemos incluir en este grupo a la mayoría de los niños oriundos del valle pues, aunque por el contacto con abuelos, tíos e incluso padres entienden *patués*, muy pocos (o casi ninguno) lo hablan.

En esta clasificación de hablantes que hemos realizado se adivinan diferentes actitudes hacia el *patués*, en unos casos positivas, en otros negativas y en otros neutras, consecuencia de la conjunción de los tres componentes de las actitudes como

son el afectivo, o sentimientos hacia la lengua, el cognitivo o grado de competencia lingüística y el conductual o frecuencia con la que se emplea la lengua en la vida cotidiana. Todos estos datos puestos en relación con la variable más significativa, la edad, (aunque también se han tenido en cuenta otras como el lugar de nacimiento, la lengua materna, el lugar de residencia habitual, etc.) nos dan como resultado un panorama lingüístico significativo que queda reflejado en el siguiente cuadro-resumen:



A la vista del cuadro anterior se confirma que las actitudes, en este caso las lingüísticas, escapan a la simplicidad de positivas o negativas, pues, en función de sus tres componentes, cognitivo, afectivo y conductual, presentan un grado de complejidad perfectamente reflejado en el caso del valle de Benasque. Las teorías sobre las actitudes que presentan estas como un bloque homogéneo, en el que la conjunción y semejanza entre los tres componentes determinan su dirección y grado, resultan insuficientes en este caso. Y, es más, en el valle de Benasque se confirma la idea de algunos autores para los que los componentes de las actitudes actúan de forma independiente (en dirección e intensidad) dando, como resultado de su combinación, un abanico de actitudes que, aunque ninguna sea absolutamente negativa, presenta tales variaciones que pueden llevar al objeto-actitud, como en este caso al *patués*, si no al rechazo sí al olvido.

Por ello y tras analizar las actitudes desde la perspectiva de la edad, en relación con el desarrollo histórico y socioeconómico del valle, y desglosando sus tres componentes, se puede constatar que actualmente no existen actitudes completamente negativas hacia el *patués*, entendiendo por actitudes la mezcla de los tres elementos que las componen. La realidad es que oscilan entre el amor y la indiferencia (lo que a veces es peor que el rechazo). Sin embargo, esas actitudes son fruto de una combinación de conocimientos, sentimientos y acciones en los que sí se presentan claras diferencias, no sólo entre los tres grupos de edad establecidos sino dentro de cada uno de ellos. Y así en la franja de mayores de 60 años se ve que la competencia en *patués* es plena en todos ellos, diferenciándose en el componente afectivo donde se distinguen aquellos que sienten la lengua como signo de identidad y aquellos que

optaron por desligarse de ella, dando como consecuencia el componente conductual negativo y la consideración de su lengua como un estigma a evitar.

Pero es en la franja de edad que abarca desde los 35 a los 60 años, entre los que más se notó dicha ruptura premeditada con el *patués* aunque aún en estos casos predomina la indiferencia, o sea las actitudes neutras, presentando solo un grupo de hablantes actitudes negativas a expresarse en la lengua del valle. E incluso entre los jóvenes podemos afirmar que existen grupos, en este caso poco numerosos, de personas que, a pesar de las circunstancias sociales que les tocó vivir, mantienen un conocimiento de la lengua que, si bien en ocasiones no suelen poner en práctica, les permite hablarlo aunque, principalmente, sólo con los mayores.

La importancia de la edad, como variable determinante de las diferentes actitudes lingüísticas hacia el *patués* que se dan en el valle de Benasque, queda clara. La trayectoria vital que han tenido los habitantes del valle según su edad ha sido, lógicamente, muy diferente, y el cambio de modo de vida ha llevado a la necesidad de una lengua en la que todos se entiendan. Porque esta es la motivación que, en la actualidad, se encuentra tras este variado panorama de actitudes, la utilidad de la lengua o motivación instrumental. La necesidad de comunicarse, que hace años implicaba que todo aquel que llegase al valle aprendiese *patués*, hoy ha desaparecido. De esta manera, la motivación instrumental ha pasado de ser generadora de actitudes de signo positivo (con la consecuente práctica del *patués*) a dar a estas un carácter si no negativo sí neutro, al desaparecer el *patués* como única lengua de comunicación, de manera que, a pesar de no incluir un rechazo pleno hacia la lengua, influyen explícita o tácitamente (según los casos) en el cada vez menor uso del *patués*. Y así, aunque los componentes afectivo y cognitivo sean plenamente positivos, si el tercer componente, el conductual, es negativo o neutro el resultado será que, aunque no presenten un rechazo hacia la lengua, el empleo habitual de esta irá mermando hasta alcanzar un punto en el que el *patués* sólo sea un recuerdo.

Respecto a la motivación integradora, si bien hace unos años era, junto con la instrumental, otro de los factores generadores de actitudes positivas hacia el *patués*, hoy es prácticamente inexistente. Cuando el *patués* era la única lengua habitual del valle, pasar a formar parte de su población suponía no sólo aprender la lengua como medio para comunicarse sino para integrarse en un grupo social caracterizado por un territorio, una historia, unas tradiciones y costumbres, todo ello ligado por una lengua que si no se conocía interponía una barrera entre el recién llegado y el valle. Hoy en día, aunque algunos mencionan, como un cierto motivo de integración, el hecho de que algunos inmigrantes lleven a sus hijos a clases de *patués*, la realidad es que el sentimiento de identidad, de pertenencia al valle de Benasque no pasa por hablar *patués* sino por otros factores que incluyen el hecho de vivir e implicarse en la vida y desarrollo de la zona.

El *patués*, si bien se considera un elemento del patrimonio cultural no pasa, para la mayoría, de ser un componente más de aquel, como lo son las iglesias románicas de la zona. Y para sentirse del valle de Benasque no hace falta saber construirlas, es suficiente con admirarlas y protegerlas. Y volviendo a la idea del progreso y la evolución del valle como una de las causas que han determinado la disminución del uso del *patués*, eliminando el factor de utilidad de la lengua, encontramos que el tema es como la pescadilla que se muerde la cola. La lengua se circunscribe a unos usos económicos y sociales que ya no existen y los nuevos tiempos no encuentran en ella las palabras para expresarse. La opción de mezclar castellano y *patués* no gusta a la mayoría, pues desvirtúa la esencia de la lengua, y mucho menos el invento de vocablos con presunta raíz *patuesa* para denominar todo aquello que antes no existía. Por lo tanto, el *patués* es, hoy por hoy, una lengua que sólo se puede hablar si tu vida y tu



trabajo se relaciona únicamente con la tierra, con el ganado y con herramientas y costumbres que ya no existen.

## CONCLUSIONES

Y llegados a este punto, ¿Qué se hace o qué se puede hacer para evitar la desaparición del *Patués*? ¿Se puede revitalizar o debemos conformarnos con conservar lo que queda?

Si hablamos de revitalización de una lengua, ésta pasa en primer lugar por el mantenimiento de la lengua en las familias o al menos en la mayor parte de ellas. Después, por implantarla en el sistema educativo, bien enseñando la lengua o, si hay base suficiente enseñar en la lengua. Y así, junto a una importante ayuda institucional para divulgarla por medio de materiales, libros etc. y concienciando a la gente se puede llegar a implantarla como cooficial en la administración. Pero todo ello debe estar cohesionado con un fuerte sentimiento de identidad de grupo que tenga en la lengua uno de sus elementos fundamentales. Esto es lo que se hizo en su momento con el aranés en el valle de Aran, ejemplo que miran con envidia muchos de los hablantes de *patués*.

Pero esto no es viable en el valle de Benasque. En primer lugar son muy pocas las familias que conservan el *patués* en las conversaciones habituales con sus hijos y los pocos que quedan no encuentran continuación en su entorno social, por lo que, aunque la intención sea buena, es insuficiente.

La introducción del *patués* en la enseñanza es problemática. Las clases de *patués*, como extraescolar, ya se imparten en diversos lugares del valle a cargo de una única profesora. Pero las críticas han llegado a dicha actividad alegando, en muchos casos, la falta de utilidad de dicho aprendizaje en relación, por ejemplo, con el inglés o la informática. Y en otras ocasiones, son los mismos hablantes tradicionales los que reniegan de un aprendizaje que, según ellos, no necesitan, sin darse cuenta de que aprender a escribir una lengua es un primer paso para su conservación como legado a generaciones futuras. Si esta es la opinión acerca de las clases de *patués* su incorporación en la enseñanza oficial es impensable ya sea como optativa o como obligatoria, dado que muchos opinan que, en el caso de ser optativa, el porcentaje de alumnos no sería superior al que ya existe con la extraescolar, y en el caso de ser obligatoria restaría tiempo a otras materias “más importantes”. Si abordamos la enseñanza en *patués*, la sola idea sería en el valle una utopía, aunque sólo sea por el número de alumnos que no tienen competencias en dicha lengua. Pero en el mejor de los casos y por mucho que los niños acudieran a las clases de *patués*, si no continúan hablando *patués* en familia sería un trabajo baldío.

En cuanto a las ayudas institucionales, presencia de la lengua en las calles, en el entorno, etc. estamos en la misma situación. Es verdad que existe una amplia toponimia en el valle (evidentemente, no se podía cambiar el nombre a un pico que lleva llamándose así siglos) que se plasma en las tablas de orientación de los caminantes, igual que muchos de los letreros de restaurantes y hoteles. Pero se nota su ausencia en los nombres de las calles, en algunos nombres de pueblos y en alguna documentación turística que se aporta a los visitantes, por mencionar algunos ejemplos. Hay otras iniciativas en el valle pero no siempre se ven respaldadas aunque hay que resaltar la colaboración de la Asociación Guayente y el Ayuntamiento de Benasque convocando certámenes literarios en *patués* así como jornadas en las que el tema es la lengua del valle o el empeño de algunas asociaciones como la Asociación de Mujeres *Donisas* en publicar traducciones y obras originales en *patués*.

junto con distintos trabajos escolares. El resto de publicaciones suelen ser iniciativas privadas.

Y si hablamos de identidad, de un sentimiento de pertenencia al valle que pase por tener una lengua propia, es evidente que, a pesar de que el *patués* no se rechaza como tal, la concienciación de la gente respecto a su importancia es todavía mínima. Y de esta forma se entra en un círculo vicioso de difícil salida. Sin un sentimiento identitario que tenga el *patués* como elemento fundamental, y que suponga una transmisión generacional efectiva, no hay un interés suficiente para tomar las medidas necesarias para su revitalización, pero si no se intenta divulgarlo y ponerlo en valor, en su justo valor, aprenderlo como medio para conocerlo y asimilarlo como propio, no puede renacer esa identificación con la lengua que lleve a retomar, en un momento dado (quizá dentro de muchos años) la transmisión generacional. Y todo ello debido al principal lastre que tiene la lengua del valle, su falta de utilidad en la sociedad actual pues, desengañémonos, hoy en día la utilidad pasa por encima de los sentimientos y, en un mundo cada vez más globalizado, del deseo de pertenencia a algo que no sea en cierta manera “rentable”.

La conservación del *patués* es más viable. Conservar lo que queda y recuperar aquellos vocablos olvidados. Y para eso ya existen medios, desde el *Diccionario del Benasqués* de Ballarín, auténtico ariete de la conservación escrita del *patués* pasando por la tesis doctoral de carácter lingüístico, y numerosas obras recuperando el léxico, de José Antonio Saura y otros especialistas en la lengua. Pero muchos dirán ¿y conservar el *patués*...para qué? ¿Que no se puede hablar en *patués* de informática u otros temas por falta de léxico?, sí, pero se puede hablar de sentimientos, de la familia, del entorno, de la historia, del pasado, enseñar a los niños sus raíces, hacerles sentir herederos de un tesoro que no deben dejar en el olvido.

Y aquí debería entrar en juego el Gobierno de Aragón. Tras muchas promesas, y borradores, por fin ha visto la luz la *Ley de lenguas de Aragón* (2013) pero a nuestro entender no aporta nada nuevo. Reconoce la pluralidad lingüística de Aragón, se delimitan zonas de utilización de las lenguas y modalidades lingüísticas, crea la Academia Aragonesa de la Lengua, reconoce el derecho de sus hablantes a hacer uso de su lengua, a estudiarla, a emplearla ante la administración.....pero de acciones efectivas...nada. Todos nos llevamos las manos a la cabeza cuando descubrimos una iglesia románica que amenaza ruina o que se derrumba. Las instituciones se apresuran a restaurar ese elemento del patrimonio cultural que, además de conservar parte de la historia de un lugar, atrae a un turismo que aporta riqueza a la zona ¿o quizá actúan solamente por esta última razón? Y ¿no es una lengua, y en este caso el *patués* un elemento del patrimonio cultural aragonés que encierra tras de sí historia, vivencias, tradiciones, enseñanzas, sentimientos...en definitiva vida?...o quizá es que no es lo suficientemente rentable....

El panorama es desolador y más teniendo en cuenta las divergencias existentes en Aragón, y en casi todos los ámbitos incluido el lingüístico, respecto a las lenguas autóctonas, variedades, adscripciones lingüísticas, denominación de las lenguas, revitalización o no, creación de nuevas lenguas a partir de retazos de aquellas desaparecidas....y mientras se ponen de acuerdo, como decía un hablante de *patués*, aunque se podría aplicar a muchas de las variedades lingüísticas aragonesas “*Cada vez que suenan a muerto las campanas hay uno menos que habla patués*”.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Tesis Doctoral: “*La complejidad de las actitudes lingüísticas hacia las lenguas minoritarias.El caso del Valle de Benasque.*” Esperanza Coutado Doménech, 2009